

FUTURO

Investigadores en Ciencias Sociales

M'HIJO EL CIENTISTA

Si las ciencias duras (que en cualquier país del mundo que se precie de serlo son vistas como una inversión y no como un gasto molesto) enfrentan en estos tiempos dificultades kafkianas, ¿qué les queda a las sociales, tan mal miradas ellas durante los años oscuros? Para enfrentar estos malos tiempos los investigadores en ciencias sociales y humanidades han constituido una sociedad desde la que —aseguran— buscarán, por ejemplo, intervenir más activamente en temas que merezcan la opinión autorizada de un cientista. Su presentación en sociedad, hace un par de semanas, se llevó a cabo con un panel en el que se les pasó revista a los problemas y desafíos que hoy esperan a todos aquellos que —estudios mediante— quieren dar respuestas sobre por qué este país y esta gente están como están.

TEST PARA ENCONTRAR DROGA EN EL CABELLO POR SESENTA PELITOS



Gustavo Gilabert

¿QUIEN EXPI

En la Biblia de los '90 la ciencia y la tecnología ocupan uno de los capítulos más importantes. El mundo desarrollado, autor de la mayoría de sus páginas, no hace más que repetir que tanto una como la otra "se han constituido en el núcleo duro de nuestras sociedades, en el referente obligado de nuestros sueños y nuestras pesadillas".

Pero en el futuro científico-tecnologizado, no sólo los microchips, las fibras ópticas y la biotecnología asumen los roles protagónicos. Las ciencias sociales y las humanidades, constituyen en verdad, el instrumento de análisis de los proyectos político económicos y una herramienta conceptual de los procesos de transformación social que los apóstoles de la religión científica generan.

Como la historia de las ciencias exactas y naturales, aunque tal vez mayor, la crónica de las humanidades y las ciencias sociales en la Argentina está signada por la inestabilidad institucional y el acoso económico. Aun así, lograron mantener su excelencia académica.

¿Cómo? Un enigma

Precisamente para impulsar nuevas condiciones para el desarrollo de la investigación social en una sociedad que, opinan los especialistas, "no tiene clara conciencia de la función que cumple la ciencia en el desarrollo de un país", acaba de fundarse la Sociedad de Investigadores en Ciencias Sociales y Humanidades, cuya presentación, hace un par de semanas, fue excusa para debatir la situación actual de la investigación en dichas áreas.

"En este momento el creciente ahogo económico y la incertidumbre generada por la gestión actual del CONICET constituyen un marco que afecta la continuidad de programas y proyectos de investigación y obliga a estudiantes e investigadores a una búsqueda incesante, muchas veces estéril, de fondos externos, creando muy duras condiciones de trabajo y formación entre los investigadores jóvenes, sintetizó el presidente de la flamante sociedad, Alfredo Lattes.

A pesar del sombrío panorama, se debatieron también propuestas para elevar la excelencia académica desde las perspectivas de distintos investigadores invitados, a saber, Jorge Balán, director del Centro de Estudios del Estado y Sociedad (CEDES); Marta Bonaudo, vicedecana de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Rosario; Emilio F. Mignone del Centro de Estudios Avanzados (CEA) de la Universidad de Buenos



Tres décadas que molestaron

Los problemas y desafíos planteados a las ciencias sociales y humanidades por la Argentina de los '90 condujeron a la fundación de la Sociedad de Investigadores en Ciencias Sociales y Humanidades que inició sus actividades públicas la semana pasada. Esta sociedad intenta dar respuesta a la situación presente y a los problemas estructurales de la investigación en el país.

Las políticas de la actual gestión del CONICET, aumentaron la penuria económica de la producción científica en la Argentina hasta hacerla prácticamente imposible y han provocado una gran incertidumbre acerca del respeto al pluralismo y la excelencia académica como principios constitutivos de las políticas de promoción científica. Esta situación del CONICET, que sigue sin mayores modificaciones después de más de un año, motivó una serie de reuniones que llevaron a considerar la necesidad de crear una organización de los investigadores de carácter permanente.

En la Argentina, la institucionalización de la práctica sistemática de la investigación en ciencias sociales y humanidades fue relativamente tardía y tuvo que enfrentar grandes resistencias. Recién a mediados de los '50 se fundaron o expandieron institutos dedicados a la investigación en sociología, historia económica y social y antropología social, entre otras. En este proceso, las universidades nacionales fueron el asiento institucional privilegiado apoyadas por el entonces recientemente creado CONICET. Esta experiencia no sólo contrasta con la de los países desarrollados, en los que a partir de los años '40 la investigación tuvo un enorme impulso y se convirtió en herramienta usual para la elaboración de políticas, sino también con la de países latinoamericanos como Brasil, donde las ciencias sociales lograron legitimidad social y el reconocimiento, aun por los gobiernos militares, de su instrumentalidad para la modernización social e institucional.

Después del golpe del '66, salvo pocas excepciones, la investigación argentina en ciencias sociales y humanidades se refugió en los centro autónomos, expuestos a su vez a la búsqueda constante de financiamiento y a las condiciones represivas del país. La investigación fue expulsada del ámbito universitario nacional sin encontrar, como en otros países latinoamericanos, condiciones de continuidad dentro de las universidades privadas. La vuelta al régimen democrático permitió el regreso de la investigación en ciencias sociales y humanidades a las universidades nacionales. Pero la reconstrucción y el fortalecimiento institucional de esta actividad y la formación de nuevos investigadores se afrontaron en el contexto de políticas de creciente limitación del gasto público en educación y ciencia.

La investigación en ciencias sociales y humanidades, en sus escasas tres décadas de vida institucional, ha sufrido los embates recurrentes de los sectores más reaccionarios del país sin suscitar la repercusión pública esperable.

La sociedad argentina parece no tener clara conciencia del papel que cumple la investigación científica y tecnológica, en general, en el desarrollo autónomo de los países. La ciencia y la tecnología aparecen como meros enunciados en algunos discursos políticos, pero no son parte de las preocupaciones, ni de los programas y demandas de los distintos actores sociales. La existencia de un sistema científico y tecnológico parece no ser considerada como un logro propio y fundamental del país. Tampoco es concebida como una construcción histórica, una forma de producción que exige ciertas condiciones como la continuidad en el tiempo, la libertad de pensamiento y la confrontación y confluencia de diversas habilidades y conocimientos.

Tales omisiones resultan particularmente notables en el contexto del nuevo paradigma técnico-económico internacional, donde el desarrollo científico y tecnológico y los recursos humanos capacitados se están transformando en ventajas comparativas fundamentales y son motivo de elaborados sistemas de previsión, fomento y orientación por parte de los Estados. El conocimiento que comienza a generalizarse acerca de estos temas centrales añade nuevos cuestionamientos acerca del tipo de desarrollo planteado en la Argentina, que no genera demandas a la investigación científica y tecnológica y que no ha intentado una articulación eficiente con las universidades que internacionalmente son el lugar privilegiado de la investigación.

Respecto de la investigación en ciencias sociales y humanidades, esta época de políticas de ajuste estructural e introducción de nuevas tecnologías ha generado cambios con desarticulación y marginación social en todos los países. En la Argentina se ha generado un proceso inédito de creciente deterioro de las condiciones de vida, de profundización de la desigualdad y de progresiva marginalidad socioeconómica que se superponen a un cuadro de fragmentación y crisis política y cultural. Este contexto confiere a la investigación el carácter de instrumento imprescindible para el análisis de la situación y la fundamentación interdisciplinaria de políticas que se propongan un desarrollo con equidad y la construcción de una ética social y de una cultura de la libertad y la solidaridad.

La inestabilidad institucional de la investigación en las universidades y las condiciones impuestas por la financiación a los centros autónomos han tenido efectos negativos sobre la evolución de nuestras disciplinas. Entre otras cosas, debe mencionarse la falta de articulación entre las investigaciones realizadas en distintas instituciones del país que ha impedido la acumulación de esfuerzos dispersos, tanto a nivel institucional y geográfico como disciplinario; ha postergado la continuidad de la formación superior mediante posgrados de alto nivel académico y ha dificultado la publicación y difusión de los resultados de la investigación por falta de revistas científicas.

La Sociedad de Investigadores en Ciencias Sociales y Humanidades puede ser un lugar propicio para el análisis interdisciplinario de las condiciones de la producción científica en la Argentina, para el fomento de la institucionalización de formas democráticas de gestión y producción de la ciencia, su articulación disciplinaria, institucional y nacional y para la confluencia pluralista de investigadores de distintas corrientes e instituciones en un proyecto conjunto de desarrollo de nuestras disciplinas.

La Sociedad puede también ayudar a superar el desconocimiento sobre nuestras disciplinas y a difundir en el ámbito no académico los resultados de la investigación en ciencias sociales y humanidades. Para tal fin, no sólo se propone impulsar el análisis crítico de la problemática de la ciencia y la técnica, como parte de la gestación de iniciativas sociales tendientes a favorecer un desarrollo con autonomía y equidad social, sino que proporcionará información de manera sistemática a los medios de difusión acerca de resultados de investigaciones, se asesorará al público para la formulación de demandas al sistema científico y se tratará de dar respuestas a demandas sociales de conocimiento como instrumento para el análisis de situaciones problemáticas y para la elaboración de políticas sociales o acciones colectivas.

**Socióloga; investigadora del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Buenos Aires.*



Gustavo Gilabert

Científicos Sociales

¿QUIEN EXPLICARA ESTO?

En la Biblia de los '90 la ciencia y la tecnología ocupan uno de los capítulos más importantes. El mundo desarrollado, autor de la mayoría de sus páginas, no hace más que repetir que tanto una como la otra "se han constituido en el núcleo duro de nuestras sociedades, en el referente obligado de nuestros sueños y nuestras pesadillas".

Pero en el futuro científico-tecnologizado, no sólo los microchips, las fibras ópticas y la biotecnología asumen los roles protagónicos. Las ciencias sociales y las humanidades, constituyen en verdad, el instrumento de análisis de los proyectos político económicos y una herramienta conceptual de los procesos de transformación social que los apóstoles de la religión científica generan.

Como la historia de las ciencias exactas y naturales, aunque tal vez mayor, la crónica de las humanidades y las ciencias sociales en la Argentina está signada por la inestabilidad institucional y el acoso económico. Aun así, lograron mantener su excelencia académica.

¿Cómo? Un enigma

Precisamente para impulsar nuevas condiciones para el desarrollo de la investigación social en una sociedad que, opinan los especialistas, "no tiene clara conciencia de la función que cumple la ciencia en el desarrollo de un país", acaba de fundarse la Sociedad de Investigadores en Ciencias Sociales y Humanidades, cuya presentación, hace un par de semanas, fue excusa para debatir la situación actual de la investigación en dichas áreas.

"En este momento el creciente ahogo económico y la incertidumbre generada por la gestión actual del CONICET constituyen un marco que afecta la continuidad de programas y proyectos de investigación y obliga a estudiantes e investigadores a una búsqueda incesante, muchas veces estéril, de fondos externos, creando muy duras condiciones de trabajo y formación entre los investigadores jóvenes, sintetizó el presidente de la flamante sociedad, Alfredo Lattes.

A pesar del sombrío panorama, se debatieron también propuestas para elevar la excelencia académica desde las perspectivas de distintos investigadores invitados, a saber, Jorge Balán, director del Centro de Estudios del Estado y Sociedad (CEDES); Marta Bonaudo, vicedecana de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Rosario; Emilio F. Mignone del Centro de Estudios Avanzados (CEA) de la Universidad de Buenos Aires, y Atilio Borón, vicerrector de la UBA.

Investigadores: pocos pero buenos

"Uno de los más serios problemas crónicos para la renovación de las ciencias sociales es la incapacidad como sistema de investigación, de entrenar gente joven", afirmó el director del CEDES, Jorge Balán, hecho que pone de manifiesto las fallas del modelo adoptado por los científicos sociales para desarrollar su actividad. "Un modelo de licenciaturas largas que, a su vez, constituyen carreras masivas, y —según Balán— olvidan la profesionalización de un lugar donde entrenar poca gente por unos años, con dedicación full-time, donde se enseñe esa tarea artesanal que significa investigar".

"Peleando con una retórica que nos embarcó en discusiones acerca de qué es más igualitario o no, o qué cosas necesita el país, no vimos una realidad muy importante como la formación de gente joven y la acumulación de conocimiento. En cualquier área científica del mundo la mayor cantidad de las publicaciones anuales resultan de tesis de doctorados y maestrías que luego marcan las nuevas líneas de investigación", expresó Balán.

Con recursos escasos y las dificultades del sistema, la solución para el director de uno de los principales centros privados de formación e investigación social del país es organizar "posgrados académicos orientados a formar investigadores, pocos pero buenos, con una buena base teórica y trabajos empíricos, donde haya acumulación de conocimiento y culminen con la publicación de una verdadera tesis".

Claro que a algunos les puede parecer algo extravagante y hasta frívolo pensar en este tema cuando necesidades académicas más básicas no están resueltas. ¿Cómo hacer que un graduado se dedique full-time a su proyecto y a estudiar si cuenta con un millón de australes por mes para gastar en su casa y sus libros? Otra cuestión es también la posibilidad de la Universidad estatal de brindar un posgrado. Atilio Borón, vicerrector de la UBA, señaló que en esta se gasta el 90 por ciento del presupuesto que se le asigna en salarios y sólo le queda el 10 por ciento para "derrochar" con becas para estudiantes y graduados y pagar los gastos de mantenimiento. Así y todo, "la UBA subsidia un programa que reúne aproximadamente a 550 becarios, quienes contemplan sueldos mayores a los de CONICET. Un becario graduado percibe igual que un investigador independiente del organismo estatal". Y no es porque la UBA cuente con más presupuesto: con el mismo dinero que una fundación estadounidense destina para financiar proyectos de investigación en Asia, Africa y América latina, aproximadamente 220 millones de dólares, aquí hay que hacer funcionar 29 universidades nacionales que reclutan 690 mil estudiantes", señaló Borón. O sea que plata no sobra.

Y si la política de investigación en ciencias duras actualmente hace vista gorda a esta realidad en nuestro país, lo que les espera entonces a las ciencias sociales es un completo misterio. Es un secreto a viva voce que las relaciones entre sociedad y ciencias sociales fueron en estos últimos años tormentosas.

"Sin embargo, a partir de 1984 —confirmó Marta Bonaudo, investigadora de la Universidad de Rosario— se recuperaron espacios abiertos y participativos, que hoy vuelven a cerrarse. Son cada vez más los mensajes tendientes a desestructurarlos impulsando nuevos éxodos y promoviendo la discusión de los criterios pluralistas y democráticos. Por ello es importante que se elaboren estrategias de crecimiento para lograr en la producción científica ciertas condiciones de continuidad y acumulación de conocimientos que, a su vez, generen un mayor compromiso entre ciencias sociales y sociedad".

Es una tarea difícil eso de tener como objeto de estudio la sociedad. Como se sabe, no abundan las ecuaciones ni las fórmulas.

"Es ridículo, por ejemplo, que por el cambio de gobierno, las comisiones de Ciencias Sociales y Humanidades en el CONICET se modificaran casi por completo, mientras otras, como las de química, física o matemática permanecieran iguales —comentó Emilio F. Mignone ex miembro de la Comisión Asesora en Ciencias Sociales del CONICET— y no creo que fuese porque los científicos de esas disciplinas no tengan visiones políticas". ¿Fantasmas de épocas pasadas? Tal vez. Lo cierto es que es creencia generalizada que en la investigación social, sobre todo a la hora de evaluar, prevalece la cuestión ideológica frente a lo estrictamente científico.

"Es verdad —expresó Mignone— que la evaluación en otras disciplinas en el CONICET era mecánica. 'Tres artículos en el *Journal de*...aprobado'. Nadie leía los artículos ya que la mera publicación era suficiente garantía. En general eran revistas con referato, un comité editorial, escritas en inglés, etcétera".

En Ciencias Sociales las cosas eran completamente diferentes. "Nosotros, en cambio no sólo no contábamos con artículos de este tipo, pues no existen publicaciones científicas en las ciencias sociales, sino que además si el aspirante tenía libros publicados, eran mirados con cierta desconfianza. A juicio de colegas de otras disciplinas, lo expuesto en libros es para divulgación o texto educativo y lo que se supone que es para incrementar conocimiento debe ser publicado en una revista especializada.

"Uno podría preguntarse entonces si lo que ha movilizado a la humanidad a lo largo de la historia han sido los artículos de revistas científicas o libros como *La República* de Platón, *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset, o *El capital* de Carlos Marx..."

Anécdotas y apostillas aparte, Mignone, actual asesor del posgrado de la Universidad Nacional de Luján, señaló la necesidad de "crear ámbitos de publicación en la Argentina y América latina, con procedimientos rigurosos en la aceptación de artículos y que constituyan una garantía para evaluar el trabajo científico social".

Antes de culminar también resaltó la cuestión ideológica que a veces, se supone, prevalece ante lo científico en la evaluación de proyectos de investigadores sociales. "Debemos lograr que el pluralismo prevalezca en nuestras instituciones y en las investigaciones", advirtiendo a los jóvenes becarios que "cuiden los títulos que piensan para sus investigaciones porque a veces pueden hacer suponer que no son científicos".

Tratar de revertir esta situación será, sin duda, una de las tareas de la nueva sociedad de científicos sociales desde las distintas áreas que la conforman, entre otras, relaciones institucionales, publicaciones, información y documentación, defensa de los investigadores y de las instituciones de investigación y difusión en el ámbito no académico de la investigación en ciencias sociales y humanidades y promoción del debate público sobre su importancia.

Por lo menos vale que se haga el intento para salvar a la sociedad no ya de poetas muertos, sino lo que es peor aún, sin científicos.



Alejandro Elías

Opinión

*Por Otilia Vainstok**

Tres décadas que molestaron

Los problemas y desafíos planteados a las ciencias sociales y humanidades por la Argentina de los '90 condujeron a la fundación de la Sociedad de Investigadores en Ciencias Sociales y Humanidades que inició sus actividades públicas la semana pasada. Esta sociedad intenta dar respuesta a la situación presente y a los problemas estructurales de la investigación en el país.

Las políticas de la actual gestión del CONICET, aumentaron la penuria económica de la producción científica en la Argentina hasta hacerla prácticamente imposible y han provocado una gran incertidumbre acerca del respeto al pluralismo y la excelencia académica como principios constitutivos de las políticas de promoción científica. Esta situación del CONICET, que sigue sin mayores modificaciones después de más de un año, motivó una serie de reuniones que llevaron a considerar la necesidad de crear una organización de los investigadores de carácter permanente.

En la Argentina, la institucionalización de la práctica sistemática de la investigación en ciencias sociales y humanidades fue relativamente tardía y tuvo que enfrentar grandes resistencias. Recién a mediados de los '50 se fundaron o expandieron institutos dedicados a la investigación en sociología, historia económica y social y antropología social, entre otras. En este proceso, las universidades nacionales fueron el asiento institucional privilegiado apoyadas por el entonces recientemente creado CONICET. Esta experiencia no sólo contrasta con la de los países desarrollados, en los que a partir de los años '40 la investigación tuvo un enorme impulso y se convirtió en herramienta usual para la elaboración de políticas, sino también con la de países latinoamericanos como Brasil, donde las ciencias sociales lograron legitimidad social y el reconocimiento, aun por los gobiernos militares, de su instrumentalidad para la modernización social e institucional.

Después del golpe del '66, salvo pocas excepciones, la investigación argentina en ciencias sociales y humanidades se refugió en los centro autónomos, expuestos a su vez a la búsqueda constante de financiamiento y a las condiciones represivas del país. La investigación fue expulsada del ámbito universitario nacional sin encontrar, como en otros países latinoamericanos, condiciones de continuidad dentro de las universidades privadas. La vuelta al régimen democrático permitió el regreso de la investigación en ciencias sociales y humanidades a las universidades nacionales. Pero la reconstrucción y el fortalecimiento institucional de esta actividad y la formación de nuevos investigadores se afrontaron en el contexto de políticas de creciente limitación del gasto público en educación y ciencia.

La investigación en ciencias sociales y humanidades, en sus escasas tres décadas de vida institucional, ha sufrido los embates recurrentes de los sectores más reaccionarios del país sin suscitar la repercusión pública esperable.

La sociedad argentina parece no tener clara conciencia del papel que cumple la investigación científica y tecnológica, en general, en el desarrollo autónomo de los países. La ciencia y la tecnología aparecen como meros enunciados en algunos discursos políticos, pero no son parte de las preocupaciones, ni de los programas y demandas de los distintos actores sociales. La existencia de un sistema científico y tecnológico parece no ser considerada como un logro propio y fundamental del país. Tampoco es concebida como una construcción histórica, una forma de producción que exige ciertas condiciones como la continuidad en el tiempo, la libertad de pensamiento y la confrontación y confluencia de diversas habilidades y conocimientos.

Tales omisiones resultan particularmente notables en el contexto del nuevo paradigma técnico-económico internacional, donde el desarrollo científico y tecnológico y los recursos humanos capacitados se están transformando en ventajas comparativas fundamentales y son motivo de elaborados sistemas de previsión, fomento y orientación por parte de los Estados. El conocimiento que comienza a generalizarse acerca de estos temas centrales añade nuevos cuestionamientos acerca del tipo de desarrollo planteado en la Argentina, que no genera demandas a la investigación científica y tecnológica y que no ha intentado una articulación eficiente con las universidades que internacionalmente son el lugar privilegiado de la investigación.

Respecto de la investigación en ciencias sociales y humanidades, esta época de políticas de ajuste estructural e introducción de nuevas tecnologías ha generado cambios con desarticulación y marginación social en todos los países. En la Argentina se ha generado un proceso inédito de creciente deterioro de las condiciones de vida, de profundización de la desigualdad y de progresiva marginalidad socieconómica que se superponen a un cuadro de fragmentación y crisis política y cultural. Este contexto confiere a la investigación el carácter de instrumento imprescindible para el análisis de la situación y la fundamentación interdisciplinaria de políticas que se propongan un desarrollo con equidad y la construcción de una ética social y de una cultura de la libertad y la solidaridad.

La inestabilidad institucional de la investigación en las universidades y las condiciones impuestas por la financiación a los centros autónomos han tenido efectos negativos sobre la evolución de nuestras disciplinas. Entre otras cosas, debe mencionarse la falta de articulación entre las investigaciones realizadas en distintas instituciones del país que ha impedido la acumulación de esfuerzos dispersos, tanto a nivel institucional y geográfico como disciplinario; ha postergado la continuidad de la formación superior mediante posgrados de alto nivel académico y ha dificultado la publicación y difusión de los resultados de la investigación por falta de revistas científicas.

La Sociedad de Investigadores en Ciencias Sociales y Humanidades puede ser un lugar propicio para el análisis interdisciplinario de las condiciones de la producción científica en la Argentina, para el fomento de la institucionalización de formas democráticas de gestión y producción de la ciencia, su articulación disciplinaria, institucional y nacional y para la confluencia pluralista de investigadores de distintas corrientes e instituciones en un proyecto conjunto de desarrollo de nuestras disciplinas.

La Sociedad puede también ayudar a superar el desconocimiento sobre nuestras disciplinas y a difundir en el ámbito no académico los resultados de la investigación en ciencias sociales y humanidades. Para tal fin, no sólo se propone impulsar el análisis crítico de la problemática de la ciencia y la técnica, como parte de la gestación de iniciativas sociales tendientes a favorecer un desarrollo con autonomía y equidad social, sino que proporcionará información de manera sistemática a los medios de difusión acerca de resultados de investigaciones, se asesorará al público para la formulación de demandas al sistema científico y se tratará de dar respuestas a demandas sociales de conocimiento como instrumento para el análisis de situaciones problemáticas y para la elaboración de políticas sociales o acciones colectivas.

**Socióloga; investigadora del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Buenos Aires.*

GRAGEAS

SE VIENE OTRA NEURO: Una nueva metodología, la neurolingüística, que promete al ser humano cambios beneficiosos para su crecimiento personal y el mejoramiento de su calidad de vida, se impone en el mundo científico y cuenta ya con jornada propia. Hoy y mañana de 9 a 21, los principales profesionales mundiales de esta disciplina, como la norteamericana Linda Sommer, el francés Eric Barone y la licenciada María Ana Chrem, intercambiarán sus exposiciones sobre el tema, en el Centro Cultural General San Martín, Sala F.

HABLATE LA DEL MONO: Un libro que acaban de publicar científicos de la Universidad de California y de Georgia afirma que, por primera vez, lograron que un mono aprendiera no sólo reglas gramaticales, sino también que creara otras nuevas, según sus necesidades, usándolas en forma consciente. ¿Pueden los animales usar su lenguaje, produciendo combinaciones nuevas de comunicación? Esta pregunta quisieron responder cuando trabajaron con Kanzi, el chimpancé en cuestión que, dicen los estudiosos, se comunica con gestos o presionando teclas de una computadora con 250 símbolos gráficos. En nueve horas por día durante cinco meses, registraron 13.691 "comunicaciones", que fueron reunidas en el libro *Lenguaje e inteligencia en los monos*. "Obtiene frases cortas y telegráficas relacionando acciones, lugares y objetos", constata éste en sus páginas. (ANSA)

...LICARA ESTO?

Aires, y Atilio Borón, vicerrector de la UBA.

Investigadores: pocos pero buenos

"Uno de los más serios problemas crónicos para la renovación de las ciencias sociales es la incapacidad como sistema de investigación, de entrenar gente joven", afirmó el director del CEDES, Jorge Balán, hecho que pone de manifiesto las fallas del modelo adoptado por los científicos sociales para desarrollar su actividad. "Un modelo de licenciaturas largas que, a su vez, constituyen carreras masivas, y —según Balán— olvidan la profesionalización de un lugar donde entrenar poca gente por unos años, con dedicación full-time, donde se enseñe esa tarea artesanal que significa investigar".

"Peleando con una retórica que nos embarcó en discusiones acerca de qué es más igualitario o no, o qué cosas necesita el país, no vimos una realidad muy importante como la formación de gente joven y la acumulación de conocimiento. En cualquier área científica del mundo la mayor cantidad de las publicaciones anuales resultan de tesis de doctorados y maestrías que luego marcan las nuevas líneas de investigación", expresó Balán.

Con recursos escasos y las dificultades del sistema, la solución para el director de uno de los principales centros privados de formación e investigación social del país es organizar "posgrados académicos orientados a formar investigadores, pocos pero buenos, con una buena base teórica y trabajos empíricos, donde haya acumulación de conocimiento y culminen con la publicación de una verdadera tesis".

Claro que a algunos les puede parecer algo extravagante y hasta frívolo pensar en este tema cuando necesidades académicas más básicas no están resueltas. ¿Cómo hacer que un graduado se dedique full-time a su proyecto y a estudiar si cuenta con un millón de australes por mes para gastar en su casa y sus libros? Otra cuestión es también la posibilidad de la Universidad estatal de brindar un posgrado. Atilio Borón, vicerrector de la UBA, señaló que en esta se gasta el 90 por ciento del presupuesto que se le asigna en salarios y sólo le queda el 10 por ciento para "derrochar" con becas para estudiantes y graduados y pagar los gastos de mantenimiento. Así y todo, "la UBA subsidia un programa que reúne aproximadamente a 550 becarios, quienes contemplan sueldos mayores a los de CONICET. Un becario graduado percibe igual que un investigador independiente del organismo estatal". Y no es porque la UBA cuente con más presupuesto: con el mismo dinero que una fundación estadounidense destina para financiar proyectos de investigación en Asia, Africa y América latina, aproximadamente 220 millones de dólares, aquí hay que hacer funcionar 29 universidades nacionales que reclutan 690 mil estudiantes", señaló Borón. O sea que plata no sobra.

Y si la política de investigación en ciencias duras actualmente hace vista gorda a esta realidad en nuestro país, lo que les espera entonces a las ciencias sociales es un completo misterio. Es un secreto a viva voce que las relaciones entre sociedad y ciencias sociales fueron en estos últimos años tormentosas.

"Sin embargo, a partir de 1984 —confirmó Marta Bonaudo, investigadora de la Universidad de Rosario— se recuperaron espacios abiertos y participativos, que hoy vuelven a cerrarse. Son cada vez más los mensajes tendientes a desestructurarlos impulsando nuevos éxodos y promoviendo la discusión de los criterios pluralistas y democráticos. Por ello es importante que se elaboren estrategias de crecimiento para lograr en la producción científica ciertas condiciones de continuidad y acumulación de conocimientos que, a su vez, generen un mayor compromiso entre ciencias sociales y sociedad".

Es una tarea difícil eso de tener como objeto de estudio la sociedad. Como se sabe, no abundan las ecuaciones ni las fórmulas.

"Es ridículo, por ejemplo, que por el cambio de gobierno, las comisiones de Ciencias Sociales y Humanidades en el CONICET se modificaran casi por completo, mientras otras, como las de química, física o matemática permanecieran iguales —comentó Emilio F. Mignone ex miembro de la Comisión Asesora en Ciencias Sociales del CONICET— y no creo que fuese porque los científicos de esas disciplinas no tengan visiones políticas". ¿Fantasmas de épocas pasadas? Tal vez. Lo cierto es que es creencia generalizada que en la investigación social, sobre todo a la hora de evaluar, prevalece la cuestión ideológica frente a lo estrictamente científico.

"Es verdad —expresó Mignone— que la evaluación en otras disciplinas en el CONICET era mecánica. 'Tres artículos en el *Journal de...*aprobado'. Nadie leía los artículos ya que la mera publicación era suficiente garantía. En general eran revistas con referato, un comité editorial, escritas en inglés, etcétera".

En Ciencias Sociales las cosas eran completamente diferentes. "Nosotros, en cambio no sólo no contábamos con artículos de este tipo, pues no existen publicaciones científicas en las ciencias sociales, sino que además si el aspirante tenía libros publicados, eran mirados con cierta desconfianza. A juicio de colegas de otras disciplinas, lo expuesto en libros es para divulgación o texto educativo y lo que se supone que es para incrementar conocimiento debe ser publicado en una revista especializada.

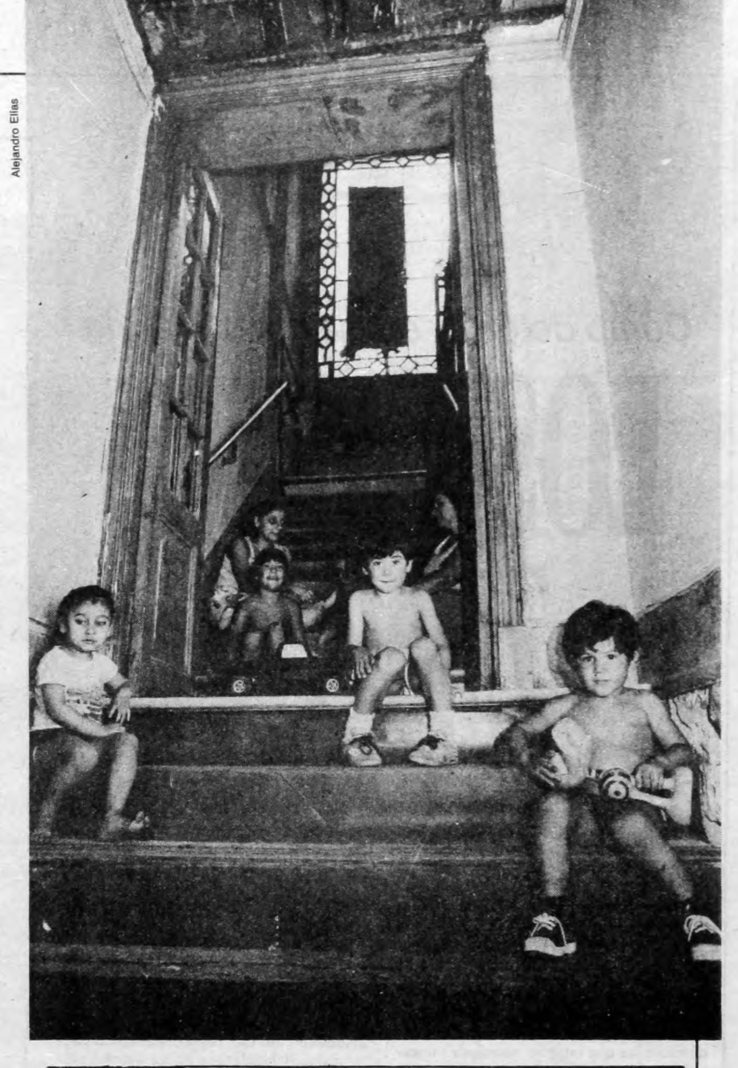
"Uno podría preguntarse entonces si lo que ha movilizado a la humanidad a lo largo de la historia han sido los artículos de revistas científicas o libros como *La República* de Platón, *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset, o *El capital* de Carlos Marx..."

Anécdotas y apostillas aparte, Mignone, actual asesor del posgrado de la Universidad Nacional de Luján, señaló la necesidad de "crear ámbitos de publicación en la Argentina y América latina, con procedimientos rigurosos en la aceptación de artículos y que constituyan una garantía para evaluar el trabajo científico social".

Antes de culminar también resaltó la cuestión ideológica que a veces, se supone, prevalece ante lo científico en la evaluación de proyectos de investigadores sociales. "Debemos lograr que el pluralismo prevalezca en nuestras instituciones y en las investigaciones", advirtiendo a los jóvenes becarios que "cuiden los títulos que piensan para sus investigaciones porque a veces pueden hacer suponer que no son científicos".

Tratar de revertir esta situación será, sin duda, una de las tareas de la nueva sociedad de científicos sociales desde las distintas áreas que la conforman, entre otras, relaciones institucionales, publicaciones, información y documentación, defensa de los investigadores y de las instituciones de investigación y difusión en el ámbito no académico de la investigación en ciencias sociales y humanidades y promoción del debate público sobre su importancia.

Por lo menos vale que se haga el intento para salvar a la sociedad no ya de poetas muertos, sino lo que es peor aún, sin científicos.



Alejandro Elías

GRAGEAS

SE VIENE OTRA NEURO:
Una nueva metodología, la neurolingüística, que promete al ser humano cambios beneficiosos para su crecimiento personal y el mejoramiento de su calidad de vida, se impone en el mundo científico y cuenta ya con jornada propia. Hoy y mañana de 9 a 21, los principales profesionales mundiales de esta disciplina, como la norteamericana Linda Sommer, el francés Eric Barone y la licenciada María Ana Chrem, intercambiarán sus exposiciones sobre el tema, en el Centro Cultural General San Martín, Sala F.

HABLATE LA DEL MONO:
Un libro que acaban de publicar científicos de la Universidad de California y de Georgia afirma que, por primera vez, lograron que un mono aprendiera no sólo reglas gramaticales, sino también que creara otras nuevas, según sus necesidades, usándolas en forma consciente. ¿Pueden los animales usar su lenguaje, produciendo combinaciones nuevas de comunicación? Esta pregunta quisieron responder cuando trabajaron con Kanzi, el chimpancé en cuestión que, dicen los estudiosos, se comunica con gestos o presionando teclas de una computadora con 250 símbolos gráficos. En nueve horas por día durante cinco meses, registraron 13.691 "comunicaciones", que fueron reunidas en el libro *Lenguaje e inteligencia en los monos*. "Obtiene frases cortas y telegráficas relacionando acciones, lugares y objetos", constata éste en sus páginas. (ANSA)

Cómo detectar droga en el cabello

LOS CALVOS ZAFAN

Por Sergio A. Lozano

Buenas tardes, vengo por el empleo.
—Tome asiento. Mientras le hago las preguntas de rigor le voy sacando unos sesenta pelos para el análisis de laboratorio.
—Le pido un favor; ya que está sáqueme algunas canas.
—Cómo no, de mil amores.

Diálogo absurdo a primera oreja y por estos pagos. Sin embargo, al escuchar con más detalle aparece el nombre de Psychemedics, empresa con fines de lucro dedicada a la búsqueda de drogas —cocaína, opiáceos, etc.— en los cabellos de los desocupados estadounidenses que intentan conseguir un trabajo estable.

El negocio no es pequeño: en 1988 se realizaron alrededor de cinco millones de estudios vinculados con aplicaciones laborales para detectar consumo de drogas, según los números manejados por la Oficina de Estadísticas del Trabajo de Estados Unidos y, además, las ventas de kits para diagnóstico de drogas en orina —método utilizado en la actualidad— rondan los 200 millones de dólares anuales dado el auge por la búsqueda de "blanca y otras yerbas" en los lugares de trabajo y como descarte de consumidores en la selección de personal.

Por esta razón el nuevo método desarrollado por Werner Baumgartner, visionario fundador de Psychemedics, eriza los pelos del "lobby" dedicado a los estudios urinarios. El principal argumento a su favor es que la mayoría de las drogas son indetectables en orina después de 72 horas de su ingestión, mientras que los pelos parecerían tener memoria y registrar la historia de su dueño: un estudio de algunos cabellos —alrededor de sesenta— brinda información sobre el consumo de drogas realizado desde diez días hasta seis meses antes del test.

El camino de Baumgartner comenzó cuatro años atrás estudiando algunos cabellos que pertenecieron al poeta John Keats en los que encontró trazas de opiáceos —morfina es uno de ellos— presumiblemente debido al medicamento utilizado para sobrellevar la tuberculosis que acabaría con su vida. Baumgarten no fue tonto: no reveló su método con la clara intención de patentarlo y fundó la empresa que hoy cuenta con oficinas en cuatro ciudades de los Estados Unidos y a la que unas 80 compañías solicitan sus servicios antes de contratar a un nuevo trabajador.

Así aparecen las versiones a contrapelo. Nadie sabe exactamente cuál es el nuevo método y muchos argumentan que, hasta la fecha, no hay datos científicos suficientes que avalen estos sofisticados estudios capilares. Y estas versiones provienen nada más y nada menos que del Instituto Nacional de Abuso de Drogas y de la Sociedad de Toxicólogos Forenses del país del Norte que organizaron una conferencia en mayo pasado para destruir las aspiraciones de Psychemedics.

Las moléculas de cualquier droga viajan por la sangre y una ínfima cantidad de ellas queda retenida en el pelo de los consumidores. Sin embargo, sostienen los escépticos, las drogas podrían también provenir del medio ambiente y no haber sido consumidas por el pobre infeliz que las lleva sobre su cabeza. El ejemplo que citan sus detractores es el siguiente: en cada billete de un dólar que haya pasado por Miami se pueden detectar trazas de cocaína —esto no es rigurosamente cierto pero tampoco está muy lejos de la realidad— y alcanzaría entonces con que los mismos dedos que estuvieron en contacto con ese dinero se rascaran a posteriori la cabeza para que el test de la discordia diera un resultado positivo y obviamente falso.

Baumgartner baja la línea de "lo que fácil entra, fácilmente sale" y argumenta que el lavado del cabello previo a la realización del estudio basta y sobra para descartar estos molestos contaminantes. Sin embargo, hay algunos puntos oscuros: existen ligeras diferencias individuales que hacen que dos personas que ingieren una misma cantidad de droga tengan diferentes concentraciones en sus pelos y se ignora también cómo pueden modificar el sexo, la raza, la edad y los tratamientos capilares, la absorción de drogas por el cabello.

Mientras las críticas llueven de uno y otro costado, Psychemedics y Baumgartner hacen su negocio y si el método del pelo se impone como control de preingreso a cualquier trabajo, el futuro ocupacional de los pelados de hoy y el de los calvos del mañana peligra seriamente.



Rodolfo Livingston

El vientre de un arquitecto

Por Claudia Acuña

Se ha dicho que Livingston es un poeta del espacio. También, que es un filósofo de la arquitectura. Otros sostienen que él es el único ejemplar de una nueva especie: el psico-arquitecto." Así resume la personalidad de Rodolfo Livingston la contratapa de su libro *Cirujía de casas*. Definiciones todas válidas pero insuficientes si se tiene en cuenta el contenido de este trabajo que sintetiza veinte años de ejercicio profesional. En realidad, Livingston es simplemente un arquitecto. Ni más ni menos. Pasa que durante años ha arrastrado tras de sí una serie de prejuicios que hasta los mejores intencionados le adicionan para explicar que se trata de un hombre que ha entendido su profesión de manera diferente.

¿Diferente con respecto a qué? La respuesta puede encontrarse a lo largo de las 189 páginas en las que el autor trata de demostrar que tiene, por sobre todas las cosas, un sentido común que ni la universidad primero, ni sus colegas ni clientes después han logrado doblegar. A partir de él, construye no sólo planos, sino casas en donde vive la gente. Una práctica tan desacostumbrada para la formación profesional que sólo basta recordar un ejemplo análogo para entender la diferencia: los estudiantes de medicina primero se entrenan con cadáveres, recién en el tercer año de la carrera se enfrentan con un paciente que, generalmente, los consulta porque tiene un dolor, atributo humano que —como el alma— no está presente en los cuerpos inertes.

Con este libro —compuesto en su mayoría por artículos publicados en diferentes diarios y revistas— Livingston intenta una vez más devolverle a la arquitectura su sentido original: ponerse al servicio de la gente para hacerle más confortable el sueño, la comida, el ocio, la vida. Para conseguirlo, dispone de varias herramientas. En primer lugar, un lenguaje claro, una redacción amena y varias historias nacidas de su trabajo cotidiano que ilustra con planos para demostrar la realidad de sus ideas transformadas en proyectos concretos. Podría suponerse que por el estilo entretenido y didáctico, rico en consejos prácticos y anécdotas, el ejemplar está dirigido al potencial público consumidor de estos servicios. Desde el prólogo, incluso, Martha Berlín asegura que debería, en realidad, titularse "Cómo defenderse de los malos arquitectos" lo cual es esencialmente cierto. Pero una cosa no quita la otra y cualquiera que haya padecido la dictadura de un profesional de este rubro queda convencido de que debería incluirse como lectura obligatoria en la carrera para que los futuros profesionales no pierdan la cabeza en las cátedras que les enseñan a pensar con la regla T.

Livingston repite, infatigable, que entiende a la arquitectura como servicio. La palabra encierra no sólo un concepto teórico sobre cómo acomodar los ladrillos para que la obra resulte más barata, sino una idea filosófica sobre la relación de poder que involucra todo encuentro entre un profesional y un cliente. Volviendo al ejemplo del médico, cualquiera sabe qué siente cuando deposita sus vísceras en la cuenta de un sabelotodo que ni siquiera explica qué piensa hacer con ellas y por qué.

El libro habla de cocinas, reformas, escaleras; también de arquitectura urbana, medianeras, formación académica, sistemas de cobro y hasta incluye un método para entrevistar al futuro cliente e interpretar sus necesidades y posibilidades de concretarlas en el tablero. El último capítulo es útil para diluir otro prejuicio que acompaña a Livingston desde hace años: cuenta su experiencia en la construcción de un barrio en Cuba, país que este año le ha otorgado un especial reconocimiento por su colaboración en la edificación de viviendas cooperativas. Muchos entienden que la prédica de Livingston se limita a su capacidad de interpretación de las aspiraciones de la clase media acomodada y argentina. Quizá sea cierto. Pero no es su culpa. Como él mismo lo dice cada vez que le piden una solución teórica para el grave problema habitacional de este país, primero hay que hacer una revolución. Generalmente, recién después aparecen los ladrillos. Y con ellos, los profesionales que entienden que lo aprendido sólo les sirve si dibujan en la realidad los sueños de la gente.